

(Las cosas que yo he vivido)

## **De cómo los Conservadores terminaron su segundo gran lapso de Gobierno (1929)**

\* Entonces los liberales eran libre-pensadores y lucubraban bajo la sombra como los francmasones.

\* El obispo canuto aspergeaba agua bendita a los soldados conservadores que se iban a matar liberales.

\* Sólo los gringos que ocupaban a Nicaragua eran realmente imparciales: a los cachurecos, a los liberales y a los curas los trataban con el mismo desprecio.

—Julio César Sandoval—

Managua

Era el año de 1928. Elecciones presidenciales. Nicaragua ocupada por la marina yanke. Granada.

Yo tenía entonces 8 años y todo lo tengo en la retina. Sandino era un bandolero que andaba en la montaña... matando gente y Pedrón, hijo del diablo, yo creía que era sastre porque dicen que hacía muy bien el corte de chaleco y el corte de corbata. Cuando mi hermano, enroncando la voz, muy cerca me gritaba: «Ay viene Pedróoon!» Yo daba un alarido y corría a meterme en las faldas de mi madre. En la iglesia, en la misa, el santo sacerdote, desde el púlpito, condenaba a los demonios de la montaña y nos instaba a pedir a Dios por su exterminio.

### **El Obispo Canuto**

Granada era el bastión de los conservadores, la mano del Creador que defendía a la patria del horrible ateísmo liberal. Entonces los liberales eran libre-pensadores y lucubraban bajo la sombra como los francmasones. Mi abuelo ya había muerto y había sido coronel de los soldados de Emiliano. Mi abuela ya había muerto y, lógicamente, había sido conservadora. Si mis tías eran camanduleras ¿qué se esperaba? Todos mis muchos tíos eran conservadores. Tenía un primo borracho que andaba zigzagueando por las calles mientras gritaba: «¡Viva Chamorro!» Ese era el grito de los plebeyos. No se conocían los parlantes ambulantes, por bando se publicaban los partes oficiales pero, para inyectar la campaña de los conservadores, pagados con guaro los borrachos, por las calles iban gritando: «¡Viva Chamorro!!» Esta era en nuestra historia la segunda etapa cachureca que respaldaban en el púlpito los curas y el Obispo de Granada bendecía. Yo vi con mis propios ojos cómo el Obispo Canuto, con la capa pluvial sobre sus hombros y el hisopo en la mano, aspergeaba a los soldados conservadores que se iban a matar liberales. Y es que los liberales eran malos: apostrofaban la ignorancia del clero, acusaban a los curas del sometimiento del pueblo, negaban sin decoro las llamas del infierno, defendían la secularización

de los cementerios, querían el divorcio y negaban los Santos Sacramentos a los que señalaban como trampas para retener al pueblo bajo el dominio de las sotanas.

### **Los Yanquis como jueces**

En ese tiempo los liberales estaban excomulgados. Mi familia era un embolismo: mis abuelos conservadores tuvieron hijos conservadores, pero dos ovejas negras se sacudieron el atavismo y levantaron los estandartes rojos de los franceses. Carlos A. Bravo se convirtió en el Secretario de Moncada y Telémaco invirtió su capital en Granada para consolidar el liberalismo. Mamá era la más joven de las hermanas, la cumiche, y no sé cómo es esto, pero mamita, tan iglesiera como las otras, estaba al lado de sus hermanos liberales y le pedía a Dios y por el éxito de Moncada. Siempre he creído que Dios está viejo y sordo, pero creo que mi mamita tenía influencia en el otro mundo.

Los señores de levita granadinos tenían miedo. En Chontales dejaron solos sus latifundios porque Pedrón era una sombra aterradora. Los gringos ponían trincheras de costales en puntos estratégicos porque algún guasón se apareció diciendo que había visto a los bandoleros. Los pueblerinos recordaban las incursiones de Gallardillo y ponían tras de sus puertas palmas benditas. Yo temblando rezaba: «Que fuerte venís, más fuerte es mi Dios. El Espíritu Santo me libre de vos!»... Y quedaba tranquilo.

Finalmente los liberales salieron de sus cavernas. Los curas combatían, más que a los protestantes, a los osados libre-pensadores que alababan a Voltaire y se metían con los masones. Los liberales no entraban a las iglesias o, para ser más claros, se negaban a entrar en las iglesias porque los curas eran venales. Sólo los gringos que ocupaban a Nicaragua eran realmente imparciales: a los cachurecos, a los liberales y a los curas los trataban con el mismo desprecio. Sentado en el taburete del Juez, yo vi a un marino con las patas sobre la mesa, y el honorable representante de la Justicia, a su lado, reverencioso y sumiso, no sé lo que le decía. Así eran los gobiernos conservadores. Los conservadores no tuvieron capitalistas: tenían terratenientes y, como antes y ahora y en los tiempos de Zelaya, siempre tuvieron cárceles y ergástulas y grillos y cadenas e impedimentas, más otros muchos ardides para torturar a sus adversarios. Yo vi a los reos encadenados como en los cristianos tiempos de los encomenderos, y vi a los gringos, los invasores, que acabaron con esto. Yo vi a los yanques dando patadas a los cargadores del muelle, pero ya había visto antes a los señoritos porteños pateando a sus servidores y criados.

## **Los cuentos sobre Pedrón**

Ya todo lo había visto cuando me dijeron que andaba un bandolero en la montaña, que se llamaba Sandino, y que había un Pedrón que a sus enemigos les hacía el corte de chaleco. Mi hermano, de trece años, me contaba: «El corte de chaleco es... que te agarran y te cutachean por la barriga, por los brazos y el cuello... y te dejan el tronco como un chaleco». ¿Y el corte de corbata?, le preguntaba temblando. «Cogen a un gringo, en el cuello le hacen un hueco con la cutacha y por ese hueco le sacan la lengua. La lengua así parece corbata». ¿Y no lo matan? «No. No lo matan. Con las manos atadas lo dejan ir y el pobre diablo en el camino se desangra y se muere». Por la noche yo pensaba en todo aquello y en todo aquello por la noche pensaban los gringos.

Telémaco, mi tío, le contó a su hermana que Moncada, batiendo a los cachurecos, venía cruzando la montaña. Mamá no sabía si darle gracias a Dios, porque los liberales estaban excomulgados. Pero se le alegró el alma. El pueblo granadino estaba domesticado, más ella no era granadina, ella tenía entre las venas la sangre de los chontales.

### **Mi hermano y yo estábamos en la escuela.**

Mi madre hacía flores artificiales que llenaban los altares de la capilla del colegio salesiano y le fue fácil ponernos en el colegio. El Colegio estaba lleno de chontaleños cuyos padres trataban de salvarlos de la vorágine. Ahora los soldados se llamaban constabularios y vestían de kaki en un remedo torpe de los yankees. Y cosa rara: los gringos se estaban moderando y los constabularios, apenas estrenando sus botas, andaban dando patadas. Moncada venía, Sandino venía y desde las serranías se desgajaban los liberales, mientras los granadinos escondían su derrota bajo el sobaco y volvían a la costumbre de enterrar sus botijas.

Cuando los gringos en El Espino pararon al Canelo, en la Catedral el Obispo cantó un Te Déum y los granadinos tiraron cohetes. Las fuerzas de ocupación detuvieron la guerra y prometieron hacer elecciones libres. Regresó a los cachurecos el alma al cuerpo porque estaban seguros de su fuerza numérica y todos los liberales cerraron filas para recordar las conquistas de Zelaya y recalcar las atrocidades conservadoras de lesa Patria.

### **Las Elecciones**

Hasta que sonaron las trompetas electorales. Salieron a la calle los colores y rodaron las paralelas. Algunas caricatos en los periódicos, recuerdo de las culpas de cada parte y expresiones de masas controladas por las fuerzas de ocupación.

No había radio. Los únicos que sonaban eran los borrachos callejeros con los dos vivas rutinarios: «¡Viva Chamorro!» «¡Viva Moncada»!.

Mamá vivía en la Calle Real arriba de Xalteva. Doña Emilia Peña era su vecina conservadora. En realidad muy amigas, en realidad muy rivales.

-¿Y te enteraste, Rositá? Dicen que los marinos tienen custodiado al General Moncada y que, como en Granada, en todo el pueblo hay horror porque suban los liberales.

Mi madre era prudente y doña Emilia era apasionada. Tenía tres hijos varones y dos mujeres. Los dos mayores votaban y con anchas cintas verdes en el brazo, andaban promoviendo a sus candidatos. Mi tío Carlos andaba con Moncada y mi tío Telémaco, el único iluso de la familia, andaba entregando a los liberales sus últimos remanentes. En Granada, el día de las elecciones, las mujeres se quedaron en sus casas y los hombres... a votar sin gritos y sin alardes. No hubo hechos de sangre: los impedía la bota yanke con la constabularia bajo su mando. Largas filas de los votantes, pero mucho más largas las del Parque, las de Cuiscoma y las del Bertini.

El Bertino era un cine esquinero de patio abierto en cuyas gruesas paredes se iban pegando los cómputos del sufragio. En las mesas electorales los liberales estaban serios. Entonces no existían los tumultos de periodistas ni los periodistas eran poder visible, pero se notaba la diferencia entre los conservadores petulantes y triunfadores y las gentes del moncadismo, sólo ojos y poca boca.

-Niña Rositá vino Eduardo, mi hijo. El aún está chico y no vota, pero está viendo las listas de los votantes: en el Bertino: 354 votos conservadores y sólo 84 rojos. Nadie quiere votar por un candidato como Moncada que se ha venido desde el Atlántico ensangrentando la Patria.

Mamá sólo contestaba con monosílabos. Ella, en el fondo, hija de un viejo conservador y sumisa obediente del jesuitismo, desconocía las diferencias de las doctrinas y sólo sabía que sus hermanos, los más cercanos, estaban metidos en el liberalismo. Y era cierto: a cada rato un empleado de la alcaldía llegaba y ponía una hoja con la lista de los votantes. Tres a uno a favor de los conservadores. La Calle Atravezada estaba llena de banderas verdes.

Emilio y Max Peña vinieron con el dedo manchado. Habían votado, claro!, por los gobiernistas conservadores por quienes los curas en los templos habían elevado sus plegarias. Y doña Emilia, la madre de los Peña, con visible perversidad seguía llevándole a mi madre sus noticias:

-Rosita, ya son las 4 de la tarde. Muy poca gente llega a las mesas electorales. Acaso algún conservador que se pasó todo el día en su trabajo. Nadie ha visto en los cantones a los liberales. Hay 464.000 votos conservadores y 207.000 votos liberales. Dios nos ha salvado, niña Rosita, ¿no le parece?

### **Ganan los liberales**

Por el rostro de mi madre ya habían pasado todos los colores de la derrota. Donde los Peña se oían voces alegres y vasos tintineantes. Fue a las once de la noche que oficialmente se dieron los cómputos finales: «Terminó el escrutinio. Los conservadores con 591.000 votos y los liberales con 728.000. (Moncada sabía que las elecciones los yanques las habían hecho en el Espino Negro).

Doña Emilia no volvió a visitar a mi madre hasta después de una semana. Los liberales tomaron el poder y ya en la G.N. asomaba la cara de un hombre fuerte: Somoza.

Para Moncada, un edificio mozárabe se levantó en La Loma. Eran pocas las carteras, pero sobrevivían los cortesanos. Después del trabajo, por las noches, se juntaban los amigos con el Jefe... y se bebía en abundancia. El Canelo era muy aficionado al trago y, al calor de ese entusiasmo, se tramaban muchas veces revanchas insensatas. La cara de Moncada era roja. Parecía que tenía la piel en carne viva. La voz era un susurro, hablaba lento y, antes de hablar, masticaba los pensamientos. Aparte de los ministros imprescindibles, el General José María Moncada gobernaba respaldado solamente por su Secretario Privado. Ese Secretario era mi tío Carlos, Carlos A. Bravo. Con él empezó y terminó su período democrático. Los amigos sugerían un cuadro de gobierno más amplio, pero Moncada respondía con el silencio. Había intrigas. El negro Bravo era el hombre de confianza del Presidente y sobaban los enviados de ese cargo. En las noches de tertulia, a Moncada le preguntó un amigo: «General, ¿y por qué usted conserva tanto tiempo a Carlos Bravo?» Y, con una sonrisa suave, dijo Moncada: «Porque ese negro... es una tumba». José María Moncada apreciaba a los hombres prudentes.

Ya era costumbre: en el ala derecha del Palacio, Moncada se juntaba con los suyos y se hablaba de todo. Vieja y conocida costumbre: el emperador Tito todas las noches conversaba con sus cortesanos; Hitler en el búnker tenía sus admirables conversaciones de sobremesa; Mussolini se juntaba con sus súper condecorados generales para fraguar grandezas; Luis Somoza se enfrascaba por las noches en animadas conversaciones con serviles como Zurita. Moncada sostenía sus veladas como útiles corolarios de sus días de trabajo, aunque a veces... a veces se bebía más que un poco y todos los presentes se marchaban achispados. Eso pasó una noche antes del terremoto, cuando El canelo y sus amigos comentaban las incansables necedades territoriales de los hondureños.

Los amigos comenzaron con la charla razonando pero, entre trago y trago, se elevaron las voces, se encendió el entusiasmo y los amigos de consuno condenaron a los catrachos. Moncada estaba alterado. Doblemente alterado por las ofensas hondureñas y por los tragos. Alzó la mano. Todos callaron. La voz de Moncada sonó un poco más alto. Era una orden: «¡Carlos!» Carlos A. Bravo no bebía y en todas las veladas se mantenía a su lado: «¡Carlos!» «¡Señor!» Y soltó el General Moncada una orden insólita y cortante: «Carlos, envía inmediatamente un cablegrama al Presidente Vicente Mejía Colindres... declarándole la guerra!» Por un momento se sintieron sorprendidos los presentes pero, saturados como estaban por alcohol, rompieron en aplausos. Carlos se puso en pie y se dirigió a su despacho.

### **¡Gracias Carlos!**

El día siguiente amaneció alegre. Desde la Loma se veía la avenida principal que daba hasta la plaza. Las campanas de los templos comenzaron su alharaca y empezaron a sonar los carretones de la leche tempraneros. Las gentes como hormigas salieron de sus casas a su trabajo y en el Palacio Presidencial sonó el clarín y empezó a izarse la bandera. El edecán del Presidente llegó donde Carlos bravo, que ya estaba en su despacho: «Don Carlos, el Señor Presiente de la República lo llama». Tomó el Secretario algunos papeles necesarios y entró en las oficinas del General. Al detenerse ante el escritorio, preguntó el Jefe: «Carlos...» «Sí, señor Presidente» «Creo que anoche le ordené una violenta declaratoria de guerra contra Honduras». «Sí, Señor Presidente». «...Y la mandaste?» «No, Señor Presidente». José María Moncada sugirió en la boca una sonrisa, bajó la vista como si pensara y solo dijo: «Gracias, Carlos. Eso es todo».

Julio César Sandoval. Sobrino de Carlos A. Bravo.

Transcrito por Iván Falla Moncada. Junio 20, 2017.